

Desierto

Desert

Alejandro García Malpica¹ 

agarciamalpica@gmail.com

Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela

Recibido: 21/1/2025.

Aceptado: 4/3/2025.

RESUMEN

El estilo expresionista del pintor venezolano Félix Royett, si lo miramos dentro de la atmósfera y su actual producción, en los tiempos de pandemia, post-pandemia y amenazas de plutocracias accionadas por el globalismo, transfiere en sus obras a partir del año 2020 hasta el presente la fuerza del artista existencialista, su insistencia, sus temores, su angustia inmanente arrojada hacia el afuera, hacia la existencia encarnada en sus sublimes figuras circundadas por la muerte y el desasosiego ante la posible extinción causada por la decadencia de la cultura occidental.

Palabras clave: Occidente, desierto, pandemia, globalismo, existencialismo, Félix Royett

ABSTRACT

The expressionist style of the Venezuelan painter Félix Royett, if observed from within the atmosphere and his current production, in times of pandemic, post-pandemic and threats of plutocracies driven by globalism, transfers in his works from 2020 to the present the strength of the existentialist artist, his insistence, his fears, and his immanent anguish thrown outwards, towards existence embodied in his sublime figures surrounded by death and unease in the face of possible extinction caused by the decline of Western culture.

Keywords: West, desert, pandemic, globalism, existentialism, Félix Royett

¹ Antropólogo y Sociólogo (UCV). Doctor en Sociología de la Literatura (École des Hautes Études en Sciences Sociales, París). Profesor jubilado de la Universidad de Carabobo. Antiguo profesor y coordinador del área "Estética y Sociedad" del Doctorado en Ciencias Sociales mención Estudios Culturales (Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela).



Félix Royett, *Las Ondinas de los Manglares*.
Óleo sobre papel encolado en tela, 40.6 x 50.8 cm. 2016. Maracaibo

Concurrimos al naufragio del deseo de la civilización occidental en estos tiempos de estragos del “alma fáustica”: Occidente. El cúmulo de pulsiones heterogéneas e interindividuales se entroncan de manera desacorde. Occidente: la tierra del ocaso, del poniente, de los rezagados, tierra del sucumbir o declinación (*declinatio*) o envejecimiento del día, vergel de las Hespérides (*Ἑσπερίδες*), las del crepúsculo vespertino, hijas de Érebo (*Ἔρεβος*) (el de la oscuridad) y de la diosa Nyx, (*Νύξ*) la Noche, según Hesíodo, (v. 123-125, 1978); de la unión de las tinieblas se procrean los elementos opuestos a sus progenitores, los hijos como Éter (*Αἰθήρ*), el cielo esplendente y Hémera (*Ἡμέρα*), la mañana, el día, apoyada por la aurora (**h₂eúsōs*), conocida en griego como la diosa Eos (*Ἠώς*) que por medio de sus dedos rosas se escurre el alba y los rayos del sol para anunciar el día, despidiendo, así, a Érebo, la espesura de la penumbra. Occidente, cuyo sustantivo proviene del verbo latino *occidere* guarda la metáfora del perecer o morir, la imagen del exterminio, la matanza; asimismo expresa el sentido de la puesta del sol, la declinación del día, (*dies occidit*), el *tramónto*, el ocaso de la vida (*vita occidens*): “Occidente demacra su franja carmesí” –escribía Victor Hugo; Occidente derivado de la raíz *kad*, *cad*, participio presente de *occidere*, compuesto de *ob*, objeto, por, a causa de, y *cadere*, decaer, cadáver, lo que tumba, perece, el otoño, lo que sucumbe, la ruina (*praecipites*), la esperanza malograda, lo inverso del nacer, contrario a lo que despunta, surge, brota como lo es el Oriente (*oriens*), del verbo *orior*, donde nace y se origina el Sol.

La civilización Occidental situada en el umbral noctívago, luego de lucir triunfante desde el siglo XVIII, por medio de las ideas del *Aufklärung*, es decir, las ideas claras, de donde el adjetivo *klar*, procedente del latín *clarus*, forman junto al adverbio *auf* la palabra *aufklaren* en alusión al cielo despejado, aclarado (*Aufklärung*), la iluminación que desmonta los dogmas, los artículos de fe, las

supersticiones, los mitos; el resplandor de la libertad para criticar las anquilosadas y opacas ideas, la polémica contra la jerarquía consagrada, frente a los prejuicios, el oscuratismo, la defensa de la razón humana (*lumen naturale*) contra las lóbregas imposiciones metafísicas y teológicas, pues *la naturali rationis lumen* ("la luz natural de la razón") anticipada por Descartes o luz innata (Regla I, 1628, p. 66) concibe a la razón como el paradigma del conocimiento, *les Lumières*, *Iluminismo*, *Ilustración*, *Enlightenment*, unido a la experiencia, a los hechos, la verificación de lo acontecido; proponen incluso la ideología del Progreso inagotable a proporción universal, pues la razón continúa las marchas de la persistencia de la naturaleza humana, el movimiento hacia adelante; a ello se adiciona el laicismo independiente de las consideraciones de la iglesia y las órdenes religiosas; la tolerancia y su aquiescencia farsante al no asumir abiertamente la prohibición de las costumbres contrarias y convenir un margen muy a su pesar; se invoca imaginariamente la ucronía o la fe optimista en el porvenir sin dificultades. Si bien, con todo el avance ufanado por el conocimiento, la iluminación de Occidente se extingue, su período ascensional se degrada, sus dioses han desertado desamparándonos, arrojándonos en la *déréliction*, la soledad moral y paulatinamente Occidente va recobrando su nombre que la filología le encontró en sus raíces, va semejándose a su perecer, a su ritmo astronómico, substancialmente en estos tiempos de la homogenización globalista, de voluntad de un poderío supranacional de tendencia "totalitaria" (*lato sensu*), según su intento de liquidar los estados naciones, efectuado por medio de la ciencia y la técnica (*instrumentellen Vernunft*) (Horkheimer, 2002) y, por extensión, regida a través de la acción racional (*Zweckrationalität*) aplicando, de acuerdo con las condiciones, los medios para alcanzar fines o rentabilidad máxima cuya aspiración e imposición universal de establecimiento de uniformidad cultural deviene en su opuesto, urdiendo su intención en la realización de su fracaso, al relegar la variable demográfica, pues la población mundial en el año 2024 es de 8.2 mil millones de habitantes, mientras que en Occidente es un millardo y representa el 10% de la población mundial, más la desventaja de tener la tasa de natalidad sumamente baja y ha engrosado la población longeva. No obstante, este efecto búmeran, arrojado por la cantidad poblacional y las extensiones de cultura colonial y postcolonial, no es admitido por las poderosas y encubiertas élites ejecutoras de la dominación total: tal es la avidez que la ofuscación no permite ver los límites de tal designio prescrito como lo es el etnocidio o extinción cultural de lo diferente ejercido por la identificación mundial, cuyo discurso ventrílocuo, cínico, es emitido en nombre de la defensa del derecho a la diferencia, o, dicho de otra manera, se trata de la renovada sumisión histórica, asentada en un imperio donde quedan suprimidas las naciones, sus estados, las lenguas, las culturas o los fermentos étnicos cuyos hábitos y escogencias son decisiones de los algoritmos programados por las redes digitales.

¿Soportarán el globalismo y el progreso a las perturbaciones de las armonías totales que estamos concurriendo, a la decadencia de Occidente?, ¿resistirán al arrebató de la cultura islámica y al aparecimiento de China a la avanzada? ¿Occidente tolerará el etnocentrismo de esas culturas aparte de las migraciones anti-integración inmanentes que ha promovido y se han alojado en su seno? ¿Occidente aguantará el sinnúmero de inmigrantes clandestinos, refugiados, y la gama heteróclita de sus culturas aún sin residencia permanente que nos recuerdan aquellos grupos marginados, excluidos de la polis (πόλις) griega entre los siglos VIII y IV a.c., denominados para ese entonces *métèques* (μέτοικος), los que cambian de residencia?

Si la existencia de lo que está feneciendo zozobra en el deseo, esta vez en el sentido taxativo de ¿la codicia, la ambición?, dicho anhelo se hace difícil asirlo por tener múltiples facciones, a saber, la curiosidad, la inquisición, el aspirar, el pretender, acariciar, la avidez, las ganas, la sed, la ambición, el placer, el amor, el goce, el sosiego, la felicidad, el conocimiento, el odio, la envidia, el ansia, la pelea, la cólera, el rencor, y es por ello que Platón veía el deseo como "una bestia

polícroma y policéfala" (Platón, 1986, República IX), cuyo significante es heterónimo, esparcido en múltiples lenguas:

Eros ("Ερως), epithumia(ἐπιθυμία), ansia, ardor horme (Ὁρμή), appetitus libido, cupiditas, concupiscentia, conatus, desiderio, volere, voglia, deseo, endeavour, appetite, lust, Sehnsucht, Wunsch, Wille, Begierde, inclination, souhait, élan, fringale, ønsket, halu, Chciatbym, wens, verlangen, желание, vágy, touha, želja, túžba, poželenje, Dorința, Önskan, 愿望, 願い, toive, inquietud, Unruhe, 欲望 Yokubō, deseo que abriga las máscaras recurrentes del apogeo y la decadencia.



Félix Royett, *La deidad María*. Óleo sobre Papier Canvasette, 50,7 X 40,7 cm. 2016

El venezolano Félix Royett (n. 1949) en su trabajo como pintor y grabador se pregunta por el extraño deseo de la existencia y la extraña existencia del deseo inconsciente, una forma de escrutar la falta en ser por su salida del cuerpo materno, la falta en ser de lo que existe y se desea reinstaurar en una suerte de unidad perdida.

En el presente de la asolación insistente, tanto el lenguaje como la acción humana muestran un desacuerdo en el decir y el hacer, un desajuste entre la enunciación, el enunciado y su ejecución; asistimos por medio del lenguaje a la alteración o burla hacia el vacío perceptible del significante (*sêmainon* - σημαῖνον) (imagen acústica), la depreciación de su carácter arbitrario y el consentimiento de su convención, burla del mismo modo a la ausencia del objeto en el significado (*sêmainomenon* - σημαϊνόμενον) (o concepto) y desvío de los referentes habituales, en fin: un asalto a la denotación, lo prestamente referencial y su conversión en connotaciones de anuencias globalistas, conformidades de ídoles ideológicas y de escamoteos masivos, haciéndolos pasar como naturales (Barthes, 1957, p. 187), despolitizadas, sin inscripción histórica.

Si el deseo de la completud para reducir la falta en ser, en la actualidad de la decadencia, dicho vacío, la referida carencia existencial se rellena con los espejismos, simulacros, el fingimiento, la mentira, la simulación, la abulia; podemos agregar la ausencia de intervención y efusión en lo relativo a lo político, apatía e incuria fascinada por la insignificancia, la indiferencia, la atracción por la futilidad; frecuentamos el descalabro de tal cinismo instigador del desierto y la incomunicación, cumpliendo la incoherencia con respecto a los valores promovidos, soledad ya aludida por Michelangelo Antonioni en el film *Zabriskie Point* de 1970, rodada en el paisaje erosionado de Amargosa Range, ubicado al este de El Valle de la Muerte en California, donde la existencia retraída está desprovista de la solidaridad humana, y es la metáfora del terreno agreste de la pintura Royett donde anda con el similar propósito de examinar el escenario de la devastación de la existencia, su *érimos* (*έρημος*); la afinidad de las formas Royett en alusión al desastre despliegan su percepción del entorno, del conjunto, correlaciones expresivas procedidas de los contenidos del ocaso de Occidente, captadas por medio de analogías libres, sufridas e internalizadas desde el malestar de la cultura vivida como violencia simbólica y violencia salvaje en las relaciones entre los hombres afines a la agresividad, la crueldad, la hostilidad y la insignificancia entre ellos y por lo demás son aprobadas como fuentes de placer; las formas Royett crean traslaciones imaginarias del contexto desolado de extrañas similitudes, inusitadas atingencias, *analogon* del pavor como si fuese una suerte de iso (*igual-ἴσος*) morfismo (*forma – μορφή*) abierto, no delimitado al sentido lógico-matemático de relaciones homogéneas entre los términos, ni está supeditado a la exacta mimesis de las formas y configuraciones, pues desde Royett las formas inconscientes emergen desde algunos estados psíquicos sentidos como si fuesen derivados del ambiente; un isomorfismo no restringido entre las manifestaciones fenomenológicas y sus asimilaciones; es todavía la congruencia del mundo alejado de Dios, escenario maldito condenado por el Dios ausente. El desierto en su condensación metafórica, más allá del desamparo es el lugar de los demonios, de los espíritus malignos, suelo de espinas y zarza (Isaías, 15, 13), andurrial donde se ejecutan los juicios, sitio de los proscritos que han prevaricado (Éxodo, 32, 7-8), paraje de la perfidia (Ezequiel, 20), y de la punición como fue la de Caín –“Puesto que me arrojas hoy de la tierra cultivable, oculto a tu rostro habré de andar fugitivo y errante” (Génesis, 4, 14), igualmente, zona de la condena infligida por parte de Dios a Agar por el desierto de Berseba (Génesis 21, 12-15); “vasto y horrible desierto de serpientes de fuego y escorpiones” (Deuteronomio 8, 14-16). Así, a su estilo, Royett quiere exponer un sacar a luz, a pesar de la correspondencia, la figura capaz de expresar la falta en ser, presentar lo impresentable o invisible, la profundidad de lo visible o la reversibilidad de su abismo, lo que no se logra ver, para hacerlo ver, ver el extravío de la representación, la infecunda aspiración de encontrar la unidad con la madre oscurecida por lo imposible; rodeos de la imagen (*eidōlon* - *εἶδωλον*) a partir de la errancia, o lo inalcanzable de la figura de la existencia amenazada, la cual principalmente a través del rostro y por diversos desvíos se significa a sí mismo: deseo de la expresión y expresión del deseo, la falta que lo humano pretende, henchir, simbolizar, la tentación de aferrar el enigma de lo real inquietante, donde lo simbólico trata de atraparlo con su supuesta “representación del mundo exterior”: es el rostro, la cara donde se registran las pasiones, las emociones, las ansiedades, los sentires, el ícono por donde se enuncian los significantes, el rostro donde se forjan los pensamientos, revelado hacia el afuera delatando su debilidad, los rostros que afrontan, compelen con su mirada, el órgano de la subjetividad, de la interioridad, no precisamente volcado a una exterioridad o un cuerpo objetivo como lo conciben los fisiólogos; allí se da lo invisible para sí (a falta de un espejo), y la develación para el otro, su desocultamiento; es lo inobservable reversible, la visión del vidente que no se puede mirar a sí mismo, así como lo inaudible de nuestra voz en el momento de la enunciación, lo impresentable del Ser vuelto ostensible por la expresión, tal vez, el rostro como el pórtico de lo invisible, insignia de la incógnita, misterio de la vida interior, tornado estético, la relación sin contacto, sin acercamiento, pero con la visión del otro, el rostro, descubre mi ser

objeto y la perspectiva o puntos de vistas de los otros. Pero rostro procesado como si fuese arena, texturizado a manera de arenalejos movedizos, recebo de la piel derruida no por el desgaste de los años, sino por el deslustre suscitado a la cultura.



Félix Royett, *María la Ilusionista*

En Royett, el rostro por lo general deformado (*deformis formosita*) se desnuda como una fenomenalidad, modificándose por las ofensivas del tiempo ensombrecido y el afuera que lo trata y lo maltrata a golpes de azadas; su vulnerabilidad se mide en la malla de estrías, surcos y heridas, se percibe desollado por la angustia de esa “falta en ser” (*manque à être*, Lacan, 1960), el vacío, la falta en ser por lo cual el ser existe y no es la carencia de algo, sino un objeto insustancial alrededor del cual se gira, y de allí emerge la matriz fantasmática o causa del deseo, figura imaginaria que dramatiza un deseo inconsciente y le permite sostener su deseo, esta vez invadido de nuevo por la ingénita barbarie humana causante de la *phthora* (φθορά) o destrucción.



Félix Royett, *La Veneración de María La Ilusionista*.
Técn. mixta, acrílico y texturas. 16 x 20 cm

De manera que la expresión de sus rostros en las circunstancias actuales, la del eclipse de la civilización etnocéntricamente autodenominada inventiva y creadora, le ha incitado a mirar el ocaso de la demanda de amor, es decir, el deseo, en la existencia humana sustraída de la satisfacción y de su impetración. El "final" de su obra artística, coetáneo con el desvanecimiento de Occidente o la falta de sentido de la convención simbólica podría ser la abolición del color, el empuje hacia el negro, el color del caos, su abstrusa previsión, la textura de las tinieblas, míticamente el símil de Érebo y Nyx, la angustia, el hundimiento de los ángeles caídos al perder la iluminación, desplome en el absoluto, el retorno a lo oscuro donde se agazapa la nueva barbarie que anteriormente se envanecía de ser ilustrada, civilizada. Del mismo modo, paralelamente Royett se ha adentrado en las texturas, las ha retomado, nunca las ha desahuciado a pesar de la seducción de lo bruno, los matices sombríos aplicado a su arte gráfico, y reanuda el color de manera profunda, azotada y a su vez opaca, el gatuperio heteróclito de los colores que rememoran la argamasa lodosa, el pantano inquieto y pesaroso del drama humano ante el declive, colores atormentados, convulsivos que son movimientos ctónicos, que son monstruos, que son rostros, que son heridas empastadas manualmente en la piel del lienzo, la metonimia de la piel humana hurgada desde el inconsciente primitivo hialino a un infralenguaje profeta del desierto.



Félix Royett, *Máscara Interior*, 2024

Inconsciente primitivo, rayano a las alucinaciones cuya indagación no deja de ser obstinada por sus recorridos escabrosos o espeleología del alma. Insistencia de Royett al escudriñar lo que germina, principia, desde el cieno viscoso donde yacen descompuestos los seres de La Tierra. El rostro es modelado a partir de un amasijo de cascarrias que una vez fue piel lozana y fue desgastada en su devenir carroña despidiendo pestilencias mefíticas y aun así, embarrado, nos muestra, nos *monstra* la bondad y lo posible, su zalema epidérmica. Rastreo de los brotes, de las

raíces, lo seminal, obcecación por lo fototrópico, lo que emerge de la hondura, sensibilidad al espectro deslumbrante, el fulgor encandilador que ciega igual y semeja a la obscuridad; pareciera que los trayectos *fuscus* y las pinceladas lucífugas nos convidan asimismo a una sensación de claror a la par enneguecedora, excitando aproximarse a las texturas con una efusión fototáctica y háptica, fascinación a palpar el lienzo más allá de la mirada, aun si hiere, aun si desgarrar; "analogon visual" (Maldiney, 1973, p. 194), (Deleuze, 2002, p. 39), relámpago pático de la sensación reluctante a lo representativo, más allá de lo distintivo, lo descriptivo o lo que uno cree como color inherente a las cosas o con lo que por lo general las identifica como parecido, simulacro; no se trata de una correspondencia de identificaciones, referencias propias de los clichés, y de las representaciones de la doxa u opinión espontánea sobre el mundo sensible, pues la sensación pática nos sumerge en un mundo insistencial de vibraciones, pasiones, conmociones, trastornos, estremecimientos lejos de un acto de consciencia definida, más bien es una afección del sistema nervioso sin intervenciones de la lógica intelectual expuesta en la pintura simbólica o narrativa; afecciones sentidas por el cuerpo humano como imágenes de las cosas, cuerpo sometido y receptor de las incesantes agresiones del mundo exterior hasta que este espejo del mundo sea destruido por el mismo mundo; son rizomas entreverados no narrativos ni procesados por una lógica cerebral sino por los impulsos, las fuerzas que dejan ver la circulación de la savia de la piel a través de múltiples laminillas a desprenderse, a pesar de ser córneas, membranas de capas desgastadas como si padecieran de escamosis, ictiosis del rostro, paisaje de la resequedad, un futuro desierto, arruinado. Son texturas del desmoronamiento, sensaciones del derribo que buscan salir de lo plácidamente figurativo y exploran las fuerzas, las convulsiones y espasmos de la existencia absurda que impugna el mundo sin acceder abandonarlo, contradicción además que buscó iluminar y saber en torno a su ser y ahora; de nuevo su existencia está conminada por la decadencia, su ocaso, contradicción entre el anhelo del conocimiento, la luz sobre el hombre, sobre el mundo y la inmersión en la opacidad: "El absurdo nace de esta confrontación entre el llamado humano y el silencio irrazonable del mundo", escribía Albert Camus (1942, p. 45).



Félix Royett, 2024
El demiurgo de Soledad



Félix Royett, 2024
Personaje de los Siderales Acústicos



Félix Royett, *Mister Cat Face*, 2024

Estas obras, desde el expresionismo de Royett, reemprenden el desafío antaño contra el Impresionismo afincado en el plano de lo epidérmico, impresionismo auxiliado en la fotografía inventada por Joseph Niépce a fin de hacer la mimesis de la naturaleza y aprovecharse de la superficie y los efectos ópticos. Conjuntamente, coadyuva los experimentos del químico Michel Eugene Chevreul al presentarlos como “De la ley del contraste simultáneo de los colores y objetos coloreados”, donde se exponen modificaciones de los objetos coloreados, pues cada color tiende a colorear con su color los colores contiguos, ya que la consecuencia de su yuxtaposición consistiría en aminorar el elemento común.

Royett, a diferencia del Impresionismo, se ahonda y hierve en la textura, el entramado, las redes de lo que estamos hechos, enzarzado en lo complejo que desde su etimología romana, *complectere* proviene de la raíz *plectere* cuyo significado es entrelazar, trenzar; en cambio en el Impresionismo, la representación es superficial y no encara la sensación de una hondonada que se ostenta como tejido donde las conexiones palpitan, bombean la piel, sus sonidos inaudibles retumban sordamente, sonidos imperceptibles de los síntomas de algo que nos pasa, algo nos resquebra. Con todo, los Impresionistas al asumir la luz no lograron revelar todo el marasmo, los entresijos de una biología lastimada. Royett grita el deseo de renacer de nuestros gestos despedazados, de una existencia vacía y estéril, deseo de rebasar la sensación de la raíz, su punto de desborde antes de llegar al desgarramiento de la carne sugerido por los pintores Chaim Soutine y Francis Bacon. La exhibición de la profundidad del cuerpo obstinadamente se adentra y aflora en la raíz donde se halla la germinación de la figura posible, informe, raigón cuyo soterramiento se desnuda y nos ofrece la savia de la angustia, la secreción insistencial emergente, atiesa las venas, inflama la capilaridad existencial: un sobrevivir, una sed insaciable que pareciera no tiene sentido ¿o será ese su sentido? Royett enhebra las raíces, las redes, los vasos, las texturas, las neuronas para comprender las imbricaciones de las sensaciones, los colores, el dolor y la agonía. No obstante, la humanidad, su devenir, sus ofuscamientos impulsados por un deseo equiparado a la ambición y su disipación tienen su reflejo en la historia de la maldad.

Pero en el facto histórico, su testimonio del declive sucede la precipitación de la existencia hacia la periódica decadencia de las normas de la cultura, donde se despeñan por un lado

los valores morales, como lo arguyó Montesquieu (1734), con respecto al Imperio Romano, despotismo que seguidamente de sus conquistas imperiales se resquebraja al otorgarle enormes poderes a sus generales triunfadores como lo fue Lucio Cornelio Sila, pervirtiendo Roma sus dignidades cívicas por el abuso de poder ripostada por el cristianismo. Si invocamos la génesis de los síntomas, la ruina de los valores morales según Edward Gibbon en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, sería a causa del aherrojamiento y la depravación impugnada por el cristianismo que a su juicio lo enervó y propició por su desgaste la penetración de la *plebs barbara*.

Activada por las secuelas de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y por un método analógico, la decadencia no sería atribuible como lo piensa Spengler en su libro publicado en 1919, *La decadencia de Occidente*, a una extensiva morfología cíclica biológica-histórica análoga a las estaciones del año, donde la primavera histórica atañería al período mítico-místico, es decir, el alba del pensamiento filosófico y matemático, y luego lo releva el estío racionalista-religioso, período ascendente (apolíneo) y así prosigue el otoño caracterizado por el dominio de las Luces y la racionalidad y continúa en esta biologización de la cultura, la fase invernal o de declive cultural (*untergang*) indicado en las tendencias pragmáticas, escépticas, materialistas o fáusticas expresado en los síntomas mórbidos científico-técnico de desenlace entrópico.

Por su parte, Arnold Toynbee (1952) apunta su investigación a la Civilización, dejando de lado la Nación y la Humanidad; en este caso, la Civilización alude a lo que es vivo, la acción y el devenir no concebida como un organismo, pues ella constituye la travesía de lo estático a lo dinámico, la perseverancia y los retos proyectados por un grupo social donde una élite creadora es idónea para descubrir soluciones no resultante del mundo exterior, físico y humano, sino del fuero interno, su voluntad, su autodeterminación, respuestas que no deben ser atribuidas por el hecho de abarcar grandes territorios o ser una potencia tecnológica. Dicha minoría creadora debe ser imitada por las mayorías, pero el declive se presenta cuando se crea un cisma en esta mimesis y la civilización no se encuentra en capacidad de ofrecerlas, no tiene las respuestas victoriosas a los nuevos desafíos; ocurre pues el momento del *breakdown* (descomposición) donde la élite es víctima de la *némesis* (*Νέμεσις*), la venganza divina; la minoría sufre el recurso de aniquilar el orgullo y la injusticia, la retribución a quien se le debe, es el castigo realizado por sus enemigos por el consiguiente desgaste de la creatividad; así las minorías pierden su poder innovador, se tambalea su Estado Universal heroico como lo hubo en Roma y es dominada por el "proletariado interior", la masa de esclavos resentida que, ante la decadencia, funda la Iglesia Universal que garantizaría sus valores. Las minorías, asimismo, son amenazadas por el "proletariado exterior" que penetra a través de la *Völkerwanderung*, la migración de los pueblos y forman las hordas bárbaras envidiosas que la empuja a la guerra y balcanización.

El facto histórico ilustra la figurabilidad de las formas artísticas de Royett, siempre y cuando se entienda que no es una mimesis de los síntomas culturales, sino la expresión de la angustia moral y la incertidumbre de una cultura que está llevando hasta los extremos la imposible sordera e invidencia de sus propios preceptos, expresión que nos hace recordar a Francisco de Goya cuando escribía en 1799, a propósito de sus aguafuertes: "cuando los hombres no oyen el grito de la razón, todo se vuelve visiones".

Paralelamente, la preservación de los imperios y las unificaciones forzosas en el transcurrir histórico ha avivado el fracaso, como lo vimos con Carlos V, Luis XIV, Napoleón Bonaparte, Klemens von Metternich, Otto von Bismarck, Adolf Hitler, Iósif Stalin. Bien, el auge técnico-científico en los siglos posteriores incurrirá todavía en la corrupción moral por sus aplicaciones al asumir la neutralidad axiológica (*Wertfreiheit*) en nombre de la objetividad, al suprimir los juicios de valor y

encomiar los juicios de hecho (*chosisme*), anulando al individuo, el devenir sí del individuo singular (*den enkelte*), “el pensador subjetivo existente”, recordado por Kierkegaard y, en consecuencia, la objetividad siendo “válida” para todas las mentes acompañará de manera instrumental –asestada hacia el beneficio– la degeneración incitada a la naturaleza; tal ímpetu reificador (*verdinglichung*), cosificador (*versachlichung*), presagia la devastación provocada por la razón instrumental de los tiempos modernos en manos de la voracidad de las élites encubierta con discursos progresistas que dicen seguir el sentido único de la historia y divisar el futuro. Sin embargo, cada progreso técnico, económico, diría Marx “es al mismo tiempo una calamidad pública”; la reificación de tal progreso opera primeramente en el dominio económico de la sociedad y los valores de cambio, y, a través de su *mediación*, convierte los valores no reificados, privados en valores de cambio, se adentra en todos los intersticios de la vida humana, consigo mismo, con los otros, con la naturaleza y las cosas, generando el código de un pensamiento único, la represión en la lengua reproductora de lo coercitivo, paradigmático, que en nombre de la actitud puramente objetiva (*wertfrei*) excluyente de toda valoración deviene al mismo tiempo en valoración y no puede apartarse de los efectos de la reificación por ser un producto socio-histórico (Adorno, 1973, p. 134). Dicha reificación, proferida por la Agenda 2030 de la ONU y sus objetivos de desarrollo sostenible en mira de un futuro mejor, más allá de sus preceptos progresistas, tomando el soporte del desarrollo científico técnico y el primado de la objetividad y paradójicamente estimulando la supresión de la subjetividad para significar una sensación democrática, neutra, de la igualdad ciudadana, como si tal disociación fuese posible, se vincula a lo contrario de su propósito de prosperidad, se liga, enlaza al hiperindividualismo, o atomización social, para conferir al supuesto albedrío la compensación de su deseo, pero de manera imaginaria, ilusoria, escamoteando sus pautas científicas, en lo que tiene de verificación, comprobación, falsabilidad, adecuación entre lo empírico y lo lógico, pues al presente se promueve en nombre de la libertad indiferente a los determinismos sociales, la preponderancia del individuo sobre la sociedad donde cada quien puede “elegir” o cree “escoger” sus valores, su capricho, su identidad sexual sin ninguna fijeza. Es la proclamación de la libertad del individuo, la autonomía que debe cortar con la heteronomía y los constreñimientos de los poderes exteriores. La “diferencia”, (el derecho a la diferencia) o reclamación de las minorías alegada por la filosofía progresista del derecho de la no-discriminación, jurídicamente su énfasis corre el lance de la atomización del lazo social al cimentarse en una postura bastante individualista del derecho en un mundo dominado por lo idéntico y se convierte la escogencia, el libre antojo en una actitud inmoderada o podría llegar a ser desatinada y ningún mandato ya sea arbitrario o de la mayoría debe ser forzosamente obedecido, por lo tanto, se requiere una constante modificación de la ley a fin de considerar las nuevas disimilitudes.

La identidad individualismo-racionalidad blandida por la Ilustración agranda su despegue, pierde su equilibrio, donde la posibilidad de la discusión se aminora y mucho menos las disputas fundadas en demostraciones conceptuales; tal desmedido individualismo acentúa el narcisismo en detrimento de la racionalidad y la coherencia, haciendo caso omiso a la contradicción a la inexactitud que predica. Se impone el perspectivismo, como el “punto de vista” pretendidamente “universal” y se asume como verdaderas y sin disensión las infinitas perspectivas arrojadas por la realidad, las cuales no pueden ser demostradas por argumentos científicos. El perspectivismo inmola el ser e instaura el ser para mí; de fondo desarma a la crítica, no tolera la evaluación, el análisis, ni los argumentos contrastables: se trata de un juicio de gusto que pacifica la contradicción, juicio de gusto no fundado en conceptos sino en lo agradable, el valor hedonista y se comparte en la adoración, donde todos toman parte de la Epifanía, y son reconocidos; los participantes triunfan en la banalidad de su reconocimiento, advirtiéndose la dilución de las clases sociales, la disgregación de la familia nuclear tornándose en un “agregado difuso de

hojas volantes compuesto de individuos" (Beck, 1998, p. 18), transformados en valores de cambio nivelados cuantitativamente según las reglas del mercado, cosificándose las relaciones sociales; y, con respecto a la naturaleza, se supedita a la objetividad científica o neutralidad de valores que escamotean la rapacidad de sus patrocinadores y sus beneficios. Esta modalidad progresista reluctante al antiguo progresismo de la izquierda arbitraria Partido/Nación se concentra en los sitios urbanos y se difunde por medio de los profesionales universitarios y liberales, empresarios del ramo digital, una élite burocrática, política y administrativa y se aúnan tanto la derecha y la izquierda en el mismo plan ideológico que incentiva la globalización haciendo uso de las redes sociales y desatiende a los sectores rurales, las periferias, los jubilados y pensionados y la antigua clase obrera desconsiderándolos como un sector perdedor, o *loser*, que no ha sabido superar su retardo local con respecto al universalismo de la historia lineal.



Félix Royett. *Los Amantes Lúdicos de Pantano Azul*, Téc. mixta sobre tela, 2019. Katy. Texas

Royett, sin adherirse analíticamente a los estudios metódicos sobre los síntomas de la decadencia de la civilización Occidental, el expresionismo de la pintura y sus grabados, coincide a su manera artística con las propuestas de Georges Bernanos (2017) en lo relativo al vacío de la modernidad, la desustancialización de lo humano y su transformación robot y cyborg en medio de un totalitarismo global ejercido por la tiranía del Número o el devenir cuantitativo del hombre que le hace perder su libertad, correspondiendo con las distopías descritas por el ruso Yevgueni Zamiatin (2008) y su novela *Nosotros* (*Мы*), escrita en 1920, aparte de ser censurada por los bolcheviques (no fue hasta el año 1988 cuando la volvieron a publicar en Rusia). *Nosotros* describe una sociedad de implacables constreñimientos que hace perder la individualidad por la sumisión colectiva del nosotros dictado por un gobierno totalitario. El maquinismo de la industrialización inglesa le repercutió para detectar la deshumanización del hombre y, para esa fecha, la historia humana desconocía los avances de la nanotecnología, la ingeniería genética, la inteligencia artificial actualmente promovida por empresas Nano, bio, info y cogno (convergencia de tecnologías NBIC) que intentan, con el transhumanismo, apoderarse de la condición humana al fundir su cuerpo con la ataujía de dispositivos tecnológicos, pues se cree en la afinidad del cerebro con el *hardware* de las computadoras con la extensión de que la conciencia individual podría emularse en un dispositivo digital, transferencia denominada *Mind uploading* (carga mental) o copia de la mente a una sustancia no biológica, transhumanismo cuyo gran deseo sería abolir la muerte. Entendido dentro de esta forma "neutra" u "objetiva", el transhumanismo escamotea el propósito de sujeción humana por parte de las grandes compañías de redes sociales.

Asimismo, en 1949, años después, la contra-utopía inspirada en *Zamiatin* es narrada por George Orwell en 1984, donde los hombres son amnésicos e instruidos para la guerra y Aldoux Huxley en *Brave New World* (*Un mundo feliz*). Uno encuentra en estas dos últimas novelas un pronóstico disímil, pues en la distopía de Huxley hay una fascinación a la droga, la seducción hedonista y el estímulo al amor libre en una sociedad de abundancia incapaz de suprimir el sufrimiento humano, aprobando a partir de su consumo y adicción, la ilusión y la evaporación de la depresión y la infelicidad, mientras que Orwell está en las antípodas y nos exhibe una sociedad de carestías y de contención sexual. No obstante, como se trata del mismo mundo, se dirige a la desvalorización del hombre, del amor, la devaluación de su existencia propiciada por el totalitarismo difundido con cínicos discursos o "metarrelatos de emancipación" (Lyotard, 1979), (1993, p. 166) donde se universaliza y se unifica, en nombre de la justicia social, tanto el capitalismo, el socialismo, el fascismo, metarrelatos de "emancipación" que ocultan sus afanes tiránicos y para los adeptos ortodoxos de los mismos constituirá algo *intratable* que no se debe discutir, y quien refute hacerlo corre el riesgo de ser tachado de complotista o secuaz renuente en consentir tales ideologías y las explicaciones de los acontecimientos. Complotista, conspiranoico es la nueva escisión para trazar la divisoria contra aquellos que refutan las ideas y las acciones del progresismo, pues arguyen que existe un plan oculto concertado por las élites poderosas. Más allá de las caricaturas proferidas por los progresistas al menospreciarlos como delirantes e ignorantes, la denominación aparece en el libro de Karl Popper, *La Sociedad Abierta y sus Enemigos* (Popper, 1945, p. 310).



Félix Royett, *El Corona*. Acrílico sobre cartulina, 77.1 x 75.9 cm. 2020. Katy, Texas

Royett converge con Franz Kafka al sentir que el mundo no está del todo destruido a pesar de mostrar sus aciagos avances. Presenciamos tanto el declive generado por causas exógenas, palmarias con la incitación al negocio de la guerra, la venta de las armas argumentándola en esta oportunidad por medio de la rusofobia alentada por la OTAN y su expansión militar; se arguye también la excusa del calentamiento global y su efecto invernadero causante de las emisiones del óxido nítrico, dióxido de carbono y metano, coledas por las predicciones de la Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC); e inoculaciones virales que son eufemismos de la eutanasia; así como también la decadencia tiene fuentes subjetivas o internas al convertir la fatalidad y la inacción en una cualidad, convirtiendo la inercia en la repuesta mutis ante la vejación; ambos pretextos rehúyen de la reversibilidad, sin rumbos a escoger. La congoja fue intuita por Franz Kafka al avizorar el camino que nos ha acarreado hasta este punto de desvanecimiento de las visiones de futuro anheladas: solo hay silencio y aislamiento en esta multitud: "El entrelazamiento de los valores del mundo y los valores propios ya no funciona correctamente. No vivimos en un mundo destruido [zerstörter], vivimos en un mundo roto [verstörten]" (Janoush - Kafka, 1978).



Félix Royett, *El Abyssal*. Abril 2020, Katy, Texas

Siendo la sombra la actividad del hombre, la cultura en movimiento, la sombra viajera que extravía su sentido, la actividad que pierde su fin y busca su principio, porque su fin no fue conseguido porque era un fin perdido necesitado de la luz para poder encontrarlo, un ensombrece mina a La Tierra y recuerda la admonición de Nietzsche a través del viajero que es la sombra de Zaratustra, al entonar la canción entre las hijas del desierto: "el desierto crece: ¡ay de aquel que dentro de sí cobija desiertos!" (Nietzsche, 1997, p. 413), infortunio para aquel que deserta a La Tierra y expande la desolación y la resequedad del desierto en su propia casa: desdicha para quien devasta la vida, abandona al ser –diría Heidegger (2006, p. 30)– y, por ende, deserta de la existencia. Sobre el zócalo sabuloso, arruinado, el hombre sostenido encima de los valores retóricos desagregados siente el vértigo del vacío que lo solicita distanciándole de la trascendencia ideal ya revocada y traicionada por él mismo bajo los nombres de ciudadano, libertad, progreso. Trascendencia desertada devenida en crueldad, brutalidad, utilidad, exterminio, computación, genética, maquinación tendiente a la sujeción totalitaria del ente que renuncia a la vida y abandona el ser.



Félix Royett, *El malévolo de los pantanos azules*. Acrílico sobre Canson, 154,2 x 55 ,9. 2020. Katy, Texas

Royett, en su obra tardía (la de la década de los veinte), registra el ocaso, donde las cepas espirituales se desecan aún más, como sucede con el desarraigo avalado e infundido por la ONU y su agenda 2030, al anular las obstrucciones internacionales de los países, prohibiendo sus negativas contra la inmigración masiva y condenándolas como delitos de odios y disuadiendo las opiniones antagónicas por medio de las redes sociales y *mass medias*. La migración, a la mirada de los progresistas, es la fase imperiosa hacia una gobernanza mundial, sin naciones, el gran modelo liberal democrático que quiere gobernar de acuerdo con los principios de las empresas multinacionales y la administración de empresas. La migración promovida, entre otros, por Georges Soros y según sus principios de la Fundación Open Society, más los financiamientos de la European Network Against Racism (ENAR) hace de estos movimientos de poblaciones las simulaciones de la economía de mercado de constante expansión en detrimento del Estado Nación.

Un sinfín de problemas incitan tales constreñimientos, especialmente en los países receptores de emigrantes y refugiados furtivos, encontrados heridos o muertos por encallamientos en los cayos rocosos de Sicilia, Malta, islas Canarias y Melilla, sumando la defunción de 28.000 personas desde hace 10 años, cuyos esfuerzos han sido vanos en su itinerario subrepticio desde el norte de África o de Turquía; zozobras dramáticas acaecieron en la isla de Lampedusa y en Catania donde sufrieron 100.000 migrantes sirios, libios y del África subsahariana o aquellos que intentan trepar los muros de la ciudad de Ceuta en el estrecho de Gibraltar, o aquellos que se arriesgan por la selva del Darién entre Colombia y Panamá, o los que osan irse a través del Sahara, o por el mar Egeo, luego acorralados sin papeles de identificación y sometidos a la trata de seres humanos por grupos esclavistas que los someten al meretrício forzado.

De la misma forma se hace pasar por natural el exilio, los exterminios ocultos con los embozos de la pandemia, la aprobación de la eutanasia, la coacción del uso de las vacunas sin la verificación científica debida; vemos el frágil vínculo de afinidades instaurado por la red virtual identificado por pseudónimos o *nicknames*, la pérdida del lazo social acarreada por el narcisismo, cuyo desgaste ontológico estimula el parecer en detrimento del ser, el goce sin fin de las apariencias y simulacros y detrás las simulaciones de una sociedad estallada, inauténtica por no ser forjada por el mismo individuo impelido por la corriente mass-mediática; nuevos patrones de vida pretenden instalarse deshaciendo a la autoridad parental, limitando el número de sus integrantes, trabando la socialización de los hijos por parte de sus progenitores; se cuestiona la heterosexualidad, la dieta carnívora se quiere suplir por la ingesta de insectos y se coarta la libertad de desplazamiento automotor, salvo si es medida por las cuotas de contaminación ambiental ocasionadas. Se fomenta la disminución de la natalidad como renuncia a la vida, la anuencia del aborto, la ideología de género y su convertibilidad fluida, la cual objeta la visión biológica del sexo (natural) a favor del género (cultural) según una categorización constructivista de causalidad política y social, ideología de género ya incrustada en las instituciones militares, escolares y la Iglesia; acompañada con la del clima y el racismo, la cultura de la cancelación (*cancel culture*) y su rechazo impropio de personas acusadas por proferir afirmaciones vejatorias ya sean prejuiciosas, segregacionistas, insidiosas; el neo-esclavismo se actualiza bajo la forma de explotación del trabajador inmigrante a partir de amenazas de deportación y pérdida de sus documentos de identidad o usufructúan el estatus de indocumentado y se les incita a la esclavitud sexual de las mujeres y niños. Se adjunta a esta cultura el movimiento woke ("estar alerta", "estar despierto"), un arma escudada en lo "políticamente correcto" frente a los cuestiones de racismo, desigualdad e iniquidades sociales y políticas, activados por movimientos decoloniales, adeptos al antirracismo como el Black Lives Matter, *Antifa* o congregaciones radicales internacionales antifascistas y anticapitalistas que acometen contra los grupos de

extrema derecha; el feminismo del MeToo y otros grupos identificados con el acrónimo LGBT (lesbianas, gays, bisexuales, trans: transgéneros, transexuales y travestis) más otras categorías anexionadas que congregan todas las distinciones posibles de la diversidad sexual (Q por *queer*, I por intersexual, A por asexual, K por *kink*).

Algunos de estos movimientos sociales son empujados por el fanatismo, y sus demandas de justicia social se focalizan en el género, la identidad y sexo, reclamaciones usufructuadas por acaudalados grupos económicos cuyo acicate es desenfrenar la revuelta, el desvalijamiento a la propiedad privada, siendo el blanco de ataques las pertenecientes a las clases media y la consiguiente pauperización de ellas, víctimas del latrocinio perpetrado por la incursión de terroristas entrenados.

Índices del declive o caída de la cultura Occidental son el gran acrecimiento de las tasas de mortalidad aunado a los homicidios cotidianos, el aumento del suicidio y el consumo de drogas; suma la uniformidad igualitaria animada con el populismo y el discurso de la igualdad social causante del derribo de las democracias, la cual ocasiona la tiranía de las élites sobre los rebaños pasivos antiguamente comentado por Platón (República, VIII, 562a-569c); a más del descenso del protestantismo de Lutero y Calvino que al comienzo impulsó el apogeo de Occidente comentado por Max Weber y luego su muerte analizada por Emmanuel Todd (2024) en términos de *derrota* al perderse la ética del trabajo, la promoción del alfabetismo no solo para el estudio de las Sagradas Escrituras, sino por el resultante ensanchamiento del desarrollo económico, tecnológico y cognoscitivo conferido por el estudio y la lectura. La doctrina de la predestinación, según Martin Lutero, consistía en la humillación del hombre ante Dios, desistir a la ostentación de sus virtudes y remitirse a la gracia divina. Mientras que la predestinación en Calvino, Dios no creó a los hombres en igualdad de condición y eligió a unos a la vida eterna y a otros a la condena, es decir, están predestinados a la muerte o a la vida, por lo tanto, no hay igualdad entre ellos. Ceñidos a la voluntad de Dios, el trabajo sería la manifestación de la gloria del Señor y un reconocimiento del ideal ascético, puesto que esa fue la condena del Creador. Tal es la prueba que nos ofrece el individualismo del *ethos* protestante, la *fides eficaz* o la fidelidad eficaz con la que se obtiene el éxito en una empresa: el control metódico de sí mismo, la voluntad ahorrativa, la racionalización en la propia disciplina y el ejercicio riguroso de gestión harían distorsión con respecto a una fe cristiana que renunció al mundo, pues la ética puritana atestiguaría por medio del éxito. Occidente descuidó estos principios generadores y optó por salidas populistas, igualitarias, hedonistas, drogadictas y consumistas.

Aldoux Huxley atisbó que la tecnología conveniente para dirigir a las masas iletradas sería aquella en la que lograría más allá de las porras y la violencia, la ejercida por

un estado totalitario realmente eficaz en el cual los jefes políticos todopoderosos y su ejército de colaboradores pudieran gobernar una población de esclavos sobre los cuales no fuese necesario ejercer coerción alguna por cuanto amarían su servidumbre. Inducirles a amarla es la tarea asignada en los actuales estados totalitarios a los ministerios de propaganda, los directores de los periódicos y los maestros de escuela. (Huxley, 2004, p. 14)

En nombre de la corrección política se despliega la corrupción del lenguaje a partir de las violaciones lógicas, gramaticales, la pérdida del significado o la indiferencia semántica de las palabras al proponer un habla inclusiva por parte del juicio de un neo-analfabetismo generalizado que asume acríticamente una *novlangue* publicitada por medio de la repetición, la gregaridad de léxico exiguo, pleno de insuficiencias sintácticas, penurias nominales y de adjetivación, donde la contradicción lógica es abolida y se logra aceptar sin ningún problema aserciones cuyos

significados quedan neutralizados o indiferentes y admiten el mundo porque es abierto, liberal, comprensivo, flexible, resiliente, solidario, esperanzador, inclusivo, de compartir, sustentable, ecológico, palabras llenas de eufemismos compasivos.

Por su parte, los actos creadores y artísticos son suplantados por las simulaciones masivas, haciendo patrocinar el arte contemporáneo legitimado por el mercado, arte que repulsa las artes representativas y estéticas, las de herencia civilizatorias, aminora la intensidad del *aiein*, (*αἰεῖν*) su para siempre, su percibir, o del *aisthanomai* (*αἰσθάνομαι*) que es el sentir y acrece la *noêta*, (*νόησις*) el concepto, lo inteligible, arte que en mucho de sus casos es un elogio al presentismo, al instante, lo efímero, la ausencia de contextos y su aclamación individualista suscita la mudez, o el desencanto, esquiva el enfrentamiento con la crítica, prefiriendo el juicio de los *marchands* y de los opulentos receptores quienes escamotean el blanqueo de capitales con las adquisiciones de ese arte de las "ideas", el cual se muestra pueril, tautológico, autorreferenciado, escudándose en una supuesta e insincera multiculturalidad discursiva que no le permite ver su fondo manipulado como lo es la hegemonía de la uniformidad postcolonial occidental conectada al mundo financiero que lo promociona.

Hallamos, igualmente, a un ejército atrapado en la cobardía oficial, seducido por los negocios de la guerra, la venta de armas, el narcotráfico, la contratación de contingentes mercenarios, las incertidumbres con respecto a lo que vendrá, la moral es depuesta por la frivolidad y la perversión, el detrimento de la verdad falseada por simulacros, representaciones y ficciones que ocupan su lugar donde otrora fundaron a Occidente y le dispensaron la ilusión, ahora exangüe, reseca; además, la realidad no posee constancias identificativas y lo biológico sufre por los cambios genéticos programados, fragmentando aún más lo reconocible tanto en el hombre como en la naturaleza.



Félix Royett, *La trepadora de Pantano Azul*. Acrílico y collage sobre tela, 51x 415 cm. Abril 2019. Katy, Texas

Hace décadas, en los años 70 y 80 del siglo XX, cuando levemente se proyectaban las medianas sombras de la decadencia y sus síntomas erosivos, Royett rastreaba el preludio del naufragio del deseo en pinturas y grabados sumidos en el pantano, plasmaba un expresionismo intempestivo de los contextos, del afuera; era un expresionismo de sus "cavernas interiores", de su "paleolítico interior", siempre suprahistórico, una travesía enferma a través de los cenagales extraviados antes de develar el Caos, la luminaria tempestuosa de su camino de sombras, pintura que penetra en una atmósfera húmeda, densa, pastosa o lodosa de innumerables laberintos donde se escuchan murmullos, una voz terrífica que en ecos recita:

¡Oh, dioses de la noche! ¡Oh, dioses de las tinieblas, del incesto y del crimen, de la melancolía y el suicidio! ¡Oh dioses de las ratas y de las cavernas, de los murciélagos, de las cucarachas! ¡Oh, violentos, inescrutables dioses del sueño y de la muerte! (Sábado, 2004, p. 240)

Ciénagas donde se perciben respiraciones mefíticas, sensaciones frías, alucinaciones auditivas en su recorrido sinuoso, escalofríos de sentir la fricción de una piel escurridiza de sangre gélida, la caricia gótica de aterradores aleteos, risas y gritos histéricos de habitantes de esas filtraciones silenciosas, empozadas; allí se condensaban sueños contrapuestos a la brevedad del tiempo, suscitando dilemas a la muerte, conjurándola o poseyéndola, también. En aquel lugar, la existencia estaba conminada a la depredación, el miedo acechante en esas aguas estancadas, fangosas, uterinas, conectadas con el infierno, podridas porque allí transitaban los muertos, la aquerusia ('Αχερουσις) maligna que confluye en el río Aqueronte. Prontamente, el sudor de las ciénagas y el olvido se requemaron como los girasoles de los campos infecundos arrasados por la guerra, así como los pintó Anselm Kiefer; Royett traza, a través de esas metáforas de paulares y cenegales, los nuevos síntomas de la desolación y nos recuerda a Claude Lévi-Strauss cuando advertía:

realidad del no-ser cuya intuición acompaña indisolublemente al otro ya que al hombre le toca vivir y luchar, pensar y creer, sobre todo conservar el valor, sin dejarle nunca la certeza adversa de que no estuvo una vez presente en la tierra y que no siempre lo estará, y que con su inevitable desaparición de la superficie de un planeta también condenado a muerte, sus trabajos, sus penas, sus alegrías, sus esperanzas y sus obras se volverán como si no hubieran existido, sin que exista conciencia alguna; ya no hay que conservar ni siquiera el recuerdo de estos movimientos efímeros excepto, por unas pocas líneas rápidamente borradas de un mundo cuyo rostro es en adelante impasible, la observación abrogada de que tuvieron lugar, es decir, nada. (Lévi-Strauss, 1971, p. 621)



Félix Royett, *Cercanía a la Muerte*, (Serie Corona). 2020. Katy, Texas

Aún la deserción del ser, el abandono de la existencia en Occidente tiene el color de las dunas: áureo por las hebras agónicas del sol, la vespertina o la ninfa Héspere rielando el atardecer; luego la expansión inminente de los crepúsculos; posteriormente la invasión de las tinieblas, la noche gélida. En la pintura y grabados tardíos de Royett, las grandes certezas se disipan y se ennegrece el deseo: se atisban, en sus pinturas, el acecho de mini rostros maléficos, diluidos en el torbellino de las texturas. Es decir, se trata de monstruos inapreciables donde se condensa lo indiscernible entre el no-ser (monstruo) y el ser (rostro humano) compartiendo la misma piel, la misma bondad y la misma crueldad de su substancia. Confluye en ese cuerpo la mixtura del horror y lo sublime, la brutalidad y la magnificencia, la sordidez y la honestidad. Monstruo, del latín *monstrum*, mostrándose mucho más allá de la norma, lo que le otorga el misterio, conduciéndonos a la adivinación, quizá el hecho prodigioso o la advertencia o el mal presagio de los dioses, moneo o conjetura de la devastación. Lo excesivo e irregular de los monstruos de Royett radica no en su grandeza colosal, su desmesura, sino en su pequeñez que permanece en lo micro del cuadro, sumergido en los fangales de texturas de la gran dimensión expresiva. Se trata de la malignidad del mal incrustado en el Ser y en el Ente emitiendo aullidos desesperados que previenen el declive de la existencia, pues perforan la epidermis del bien, relegan la mostración del bien del bien, le restringen su demanda de amor, el deseo. Asedios análogos encontramos en un expresionista como Chaim Soutine.



Félix Royett, *La Dama y el Pequeño Hombre de la Tierra Quemada*.
Acrílico y creyón sobre canson, 24x 18 inch. 2019, Katy, Texas

Aquí Royett se acerca a Heidegger y la amenaza de la devastación (*Verwüstung*): "la malignidad del mal, bajo cuyo rostro la devastación viene a voluntad, bien puede seguir siendo un rasgo fundamental [*Grundzug*] del ser mismo" (Heidegger, 2006), olvidado de sus raíces, pues la malignidad del mal (*die Bösigkeit des Bösen*) es el destierro de Mnemosina (*Μνημοσύνη*), la expiración de la memoria, la disolución histórica, inmersión sorda provocada por la guerra cuando el hombre se edifica en sí mismo, se desorienta en el descomedimiento del progreso y sus anhelos de dominación desmedida nos empuja a ser "un signo sin sentido (*bedeutungslos*), una lengua perdida insensible" –nos diría Hölderlin– que debemos regresarla a su auténtico recuerdo que coexiste con el dolor humano.



Félix Royett, *Los Amantes de Pantano Azul*

El mal se irradia como la intemperancia, el desmán arrogante e inherente a la subjetividad suprema, la insuperable soberbia donde el hombre se exhibe como el amo de la luz, pero como todo aquel que ilumina su llama se extingue.

Ser que, habiendo nacido de las tinieblas y alcanzado la claridad, va perdiendo su iluminación y se va hundiendo en lo negro, el color del sufrimiento, el color del principio y el fin, la anulación, la reducida esperanza, la nada.

Referencias

- Adorno, Theodor. (1972). Sobre la lógica de las ciencias sociales. En *La disputa del positivismo en la sociología alemana* (J. Muñoz, Trad.). Grijalbo.
- Barthes, Roland. (1957). *Mithologies*. Seuil.
- Beck, Ulrich. (2016). Le conflit de deux modernités et la question de la disparition des solidarités. *Lien social et politiques*, (75), 191-201.
- Bernanos, Georges. (2017). *La France contre les robots*. Le Castor Astral.
- Camus, Albert. (1942). *Le Myth de Sisyphe*. Gallimard.
- Deleuze, Gilles. (2002). *Francis Bacon, Logique de la sensation*. Seuil.
- Descartes, René. (1628) (1996). *Reglas para la dirección del espíritu* (3ª reimpresión). Alianza Editorial.
- Gibbon, Edward. (1776). *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano II* (J. Mor Fuentes, Trad.). Imprenta de Antonio Bergnes y Compañía.

- Heidegger, Martin. (2006). *La dévastation et l'attente: Entretien sur le chemin de champagne*. Gallimard, col. L'Infini.
- Hesíodo. (1978). Teogonía (v. 123-125). En *Obras y Fragmentos*. Gredos.
- Horkheimer, Max. (2002). *Crítica de la razón instrumental*. Trotta.
- Huxley, Aldous. (2004). *Un mundo feliz*. Casa Editora El Tiempo.
- Janouch, Gustav. (1978). *Conversations avec Kafka*. Les Lettres Nouvelles.
- Lacan, Jacques. (1960). *Le Séminaire, Livre VIII, Le Transfert*. Seuil.
- Lacan, Jacques. (1966). Remarque sur le rapport de Daniel Lagache: Psychanalyse et structure de la personnalité. En *Écrits*. Éditions du Seuil.
- Lévi-Strauss, Claude. (1971). *Mythologiques IV, L'Homme Nu*. Plon.
- Lyotard, Jean-François. (1993). *Political Writings*. University of Minnesota.
- Lyotard, Jean-François. (1979). *La Condition postmoderne. Rapport sur le savoir*. Minuit.
- Maldiney, Henri. (1973). *Regard, parole, espace*. L'Âge d'homme.
- Montesquieu, Charles. (1734). *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*. Editions de Édouard Laboulaye, Garnier Frères.
- Nietzsche, Friedrich. (1997). *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*. Alianza.
- Platón. (1986). República VIII, 562a-569c. Gredos.
- Platón. (1986). República IX, 388 c. Gredos.
- Popper, Karl. (1945) (2017). *La Sociedad Abierta y sus Enemigos* (E. Loedel Rodríguez, Trad.). Paidós.
- Sábato, Ernesto. (2004). Informe sobre ciegos. En *Sobre Héroes y Tumbas* (2ª edic.). Biblioteca Ayacucho.
- Spengler, Oswald. (2013). *La decadencia de Occidente*. (M. García Morente, Trad.). Austral. (Obra original publicada en 1919).
- Todd, Emmanuel. (2024). *La défaite de l'Occident*. Gallimard.
- Toynbee, Arnold. (1952). *Estudio de la Historia* (Compendio de los Volúmenes del I al VI) (L. Grasset, Trad.). Emecé.
- Zamiatin, Evgueni. (2008). *Nosotros* (S. Hernández-Ranera, Trad.). Akal.